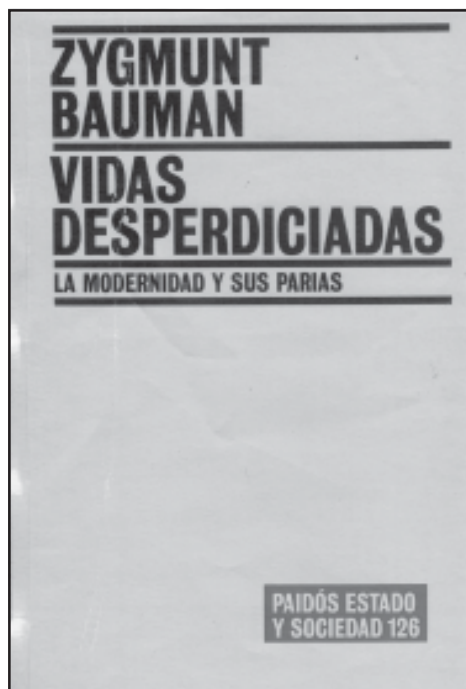


Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias

Zygmunt Bauman
Buenos Aires, Paidós, 2005

Por Débora Natalia Bouch



Diferentes autores analizan el fenómeno del avance del sistema capitalista y sus evidentes consecuencias sociales, cuyo exponente más álgido, lo encontramos en la masa de seres humanos que cada vez se hallan más alejados de conformar el antaño ejército de reserva. Este es el caso del libro que nos ocupa, al que Zygmunt Bauman ha titulado *Vidas desperdiciadas*, en el que analiza la producción de residuos humanos como consecuencia inevitable del desarrollo de la modernidad

Bauman parte de la idea de que “el planeta esta lleno” es decir, afirma que el avance de la modernidad supuso una permanente producción de residuos que en otros tiempos eran absorbidos por aquellos lugares del planeta en que la modernidad aún no se había expandido de manera suficiente. En la actualidad, sin embargo, aquellos lugares que en el pasado servían de cubículo para desechar residuos humanos, se han agotado. Esto se debe a que

la modernidad, en esta sociedad globalizada, penetró cada uno de los rincones del planeta.

Al principio fue el diseño o los residuos de la construcción del orden, nos dice Barman, con relación a los residuos que todo diseño lleva consigo y definiendo a la modernidad como un rechazo del mundo tal cual es y su necesidad de cambiarlo. La persecución del orden y del progreso supuso diseños variados, alternativos, superpuestos, pero sobre todo, constantes y no hay diseño que pueda darse por terminado, sino hasta que se hayan apartado los residuos que produce su puesta en práctica. Ahora bien, cuando se trata del diseño de la forma de convivencia humana, los residuos son seres humanos.

De esta manera, siguiendo a Bauman, la era moderna se caracterizó por grandes migraciones, generalmente desde las áreas “más desarrolladas” a las “menos desarrolladas”, proceso que responde principalmen-

te en primer lugar, al hecho de que en su análisis, las poblaciones excedentes se hallaban sobre todo en los sitios donde la modernización más se había desarrollado y, en segundo lugar, como consecuencia de esta modernización, estos países poseían ventajas tecnológicas y militares que les permitían tratar a los territorios aún no atravesados por los procesos modernizadores como áreas “vacías” y en caso de ser necesario, vaciarlas.

Ahora bien, en el nuevo escenario, la expansión global de la modernidad trajo aparejado un número cada vez mayor de seres humanos que se encuentran privados de medios adecuados de subsistencia, pero además, el planeta ya no cuenta con lugares donde “reubicarlos”. De ahí, el surgimiento de nuevas preocupaciones relacionadas a los inmigrantes y a los solicitantes de asilo, como así también los “temores en relación a la seguridad” que Bauman relaciona estrechamente con la nueva orientación del Estado.

“La vulnerabilidad y la incertidumbre humanas son la principal razón de ser de todo poder político; y todo poder político debe atender a una renovación periódica de sus credenciales”.¹ En este marco, el Estado de bienestar, cuya legitimidad se sustentaba en la promesa de mitigar la vulnerabilidad y la incertidumbre en el libre juego del mercado, da paso a una nueva fórmula política donde la nueva variable de legitimidad, ya no de carácter económico, es focalizada en la seguridad personal.

En este contexto, “la autoridad política se ha vuelto parcialmente dependiente del otro desviado y de la movilización de sentimien-

tos de seguridad”,² donde el inmigrante encaja mejor que cualquier otra categoría en las sociedades que describe Bauman. Siguiendo al autor, la plenitud que caracteriza el planeta tiene dos consecuencias directas: la primera, la más desarrollada a lo largo de todo el libro, es la “obstrucción de desagües”, es decir, la ausencia de zonas donde los enclaves modernos del planeta podían verter sus residuos humanos. Como resultado, las sociedades tienden, progresivamente, a las prácticas excluyentes, contra sí mismas. Situación que se complejiza en aquellas zonas donde el la modernidad se desarrolla tardíamente, dado que no cuentan con las políticas emigratorias que caracterizaron a los países pioneros y por lo mismo, Bauman afirma que probablemente la industria más prospera con la que cuentan estos países es la producción de refugiados. De lo anterior se desprende la segunda consecuencia: millones de emigrantes andando por los caminos que en un principio habían utilizado los países modernos, pero esta vez en dirección contraria y sin ninguna ayuda como lo fueron los ejércitos de conquistadores, comerciantes y misioneros.

Además, como consecuencia de las guerras a las que Bauman caracteriza como desreguladas y llevadas a cabo muchas veces por entidades no estatales, millones de seres humanos huyen de las regiones bélicas para asentarse en campos de refugiados, vertederos de residuos humanos que no se orientan a asimilar a la población que contienen con la sociedad mas amplia en la que se ubican, y cuyos integrantes carecen de posibilidades reales de volver a sus lugares

¹ Bauman, Zygmunt: *Vidas desperdiciadas: la modernidad y sus parias*, Buenos Aires, Paidós, 2005, 71.

² Hans-Jörg, Albrecht: “Inmigration, crime and safety”. En Adam Crawford (comp.), *Crime and Insecurity: The Governance of Safety in Europe*, Willan, 2002, 159-185. Citado por Bauman en *Vidas Desperdiciadas*, 77.

de origen, perdiendo de esta forma, los soportes de la existencia social para transformarse en refugiados, ya no transitorios, sino permanentes. Fuera de estos campos, los refugiados constituyen un problema, dentro pueden olvidarse y por lo tanto, Bauman afirma que se han tomado todas las medidas necesarias para garantizar que la exclusión sea permanente.

Otro es el caso en su análisis para aquellos que devienen superfluos, pero que ya están “dentro” y están destinados a seguir estándolo. Para estos casos, los lugares de destrucción de residuos tienen que ubicarse al interior de las mismas sociedades que los han desechado. Bauman afirma que estos lugares que surgen en las ciudades son los guetos urbanos, más específicamente, toma la noción de *hiperguetos* de Loïc Wacquant. A diferencia de los guetos tradicionales, que cumplían funciones protectoras frente a la discriminación racial, los *hiperguetos* hoy hacen el papel de vertederos sociales convirtiéndose en espacios de segregación social.

Al desarrollar la forma de cercar estas dos categorías de “residuos humanos” en el capítulo titulado “A cada residuo su vertedero”, Bauman se propone dar cuenta del papel asumido por el Estado frente al desarrollo cada vez más drástico de seres humanos residuales. De esta forma, afirma que el Estado, en principio, desmantela las formas colectivas de seguros que cubrían a aquellos que salían del proceso productivo y además, presta su ayuda para la construcción y diseño de lo que él llama “nuevos trituradores de basura”.

La proximidad de estos grandes aglomerados de seres humanos residuales convierte en indispensable la proliferación de políticas segregacionistas más estrictas y drásticas medidas de seguridad a fin de no poner en peligro “la salud de la sociedad”. La cárcel también es vista como uno de estos contenedores y siguiendo a Garland, Bauman afirma que “se conciben de un modo más explícito como un mecanismo de control y de exclusión”.³

Por lo tanto, Bauman afirma que ante la retirada del “Estado social”, los Estados se encuentran ante la necesidad de construir una nueva fórmula de legitimación a partir de la cual poder afirmar su autoridad e imponer disciplina. A su entender, la alternativa parece encontrarse en la intensificación de temores que amenazan la seguridad personal, seguido de la promesa de la intensificación de los controles. La estrategia consiste en aumentar a tal punto los temores y las amenazas que generen las condiciones para que el hecho de que no sucedan pueda atribuirse a la intervención y preocupación de los órganos estatales.

En su último capítulo, Bauman, describe los cambios que se evidencian en la cultura y las principales características de lo que denomina “cultura de residuos” donde la idea de eternidad cae en desuso y en su lugar emerge lo inmediato. Nada está destinado a durar y menos a durar para siempre. Con raras excepciones, los objetos que hoy nos son útiles son a la vez, los residuos de mañana. “La modernidad líquida es una civilización del exceso, la superfluidad, el residuo y la destrucción de residuos”.⁴

³ Garland, David: *The culture of control: Crime and Social Order in Contemporary Society*. Oxford University Press, 2001, 177-178. Citado por Bauman en *Vidas Desperdiciadas*, 113.

⁴ Bauman, Zygmunt: *Vidas desperdiciadas*, 126.

Esta cultura que describe Bauman, signada por el vertiginoso ritmo de los cambios, redefine no sólo nuestra relación con los objetos, sino también, nuestras relaciones personales, donde el compromiso con el otro es asumido de momento y siempre con la posibilidad de desecharse. Todo objeto que hoy resulte deseable, puede no serlo mañana y en este orden, la belleza y el gusto siguen la misma suerte. Bauman afirma que en esta realidad resulta imposible pensar a largo plazo y por lo tanto, se dificulta la emergencia de sentimientos de destino compartido. La solidaridad tiene pocas posibilidades de crecer y las relaciones se caracterizan principalmente por su fragilidad y superficialidad.

Para concluir, Bauman sostiene que el viejo “Gran Hermano” de George Orwell y el

nuevo “Gran Hermano” de los *reality shows* televisivos conviven abarcando la totalidad del universo social en un juego de inclusión/exclusión. El “nuevo” nos recuerda que sólo unos cuantos siguen en juego, pero que nadie es indispensable. Que el juego consiste en la capacidad de utilizar y sobrevivir a los demás, mientras que aquel que no logra hacerlo es excluido. El “viejo” continúa con sus tareas de control y de no dejar salir ni romper filas a las personas a las que se dirige, pero ahora se lo encuentra en las zonas marginales como pueden ser las cárceles, los guetos o los campamentos de refugiados. En este contexto, la misión del nuevo “Gran Hermano” consiste en facilitarle la tarea al viejo, controlan entre los dos las barreras que separan el “estar dentro” del “estar fuera”.